

*Semblanza de Miguel Catalán: “Del amor a la verdad a la verdad del amor.
Miguel Catalán y la lección del humanista”*
José Luis Trullo

El caso de Miguel Catalán (Valencia, 1958-Godella, 2019) resulta paradigmático de cierto tipo de intelectual, de vocación enciclopédica, que encuentra en el aforismo un contrapeso a la ardua tarea que supone el compromiso con la erudición. Un antecedente más o menos inmediato lo encontramos en Elias Canetti, quien consumió años de su vida en atesorar la documentación necesaria para demostrar las tesis de su magna obra *Masa y poder*, a lo cual opuso, a modo de réplica irónica, los apuntes que acabaron configurando *La provincia del hombre*; de hecho, es probable que ni la una ni la otra hubiesen existido sin esa mutua interdependencia dialéctica, por la cual una modalidad de la razón exige pruebas, avales y argumentos que sostengan todo lo que se expone, mientras que la otra exhorta, sin ambages: “No expliques nada. Plantéalo. Dilo. Desaparece”. Aun así, no son casos comparables: a diferencia del autor judío, que con los años fue desarrollando un creciente recelo hacia sus iniciales pretensiones de acceder mediante el conocimiento a la realidad de las cosas, no sucede así para Catalán; de hecho, su magna obra *Pseudología*, de naturaleza ensayística, no queda ni mucho menos refutada por sus libros de aforismos, pues en ambas vertientes encontramos un mismo impulso por descorrer los velos que, en su opinión, ponemos los humanos entre nosotros y el mundo, para captar su esencia de manera directa, desprejuiciada:

La obra aforística de Miguel Catalán publicada en vida del autor quedó recopilada en el volumen *Suma breve. Pensamiento breve reunido* (2001-2018), publicado por la editorial Trea en el año 2018; en él se incluían los títulos ya editados *El sol de medianoche* (2001), *La nada griega* (2013), *La ventana invertida* (2014) y los inéditos *Así es imposible*, *El altar del olvido* y *Paréntesis vacío*. Posteriormente, apareció de manera póstuma *Suma y sigue*, en edición de Libros al Albur. Llama la atención que el autor se abstenga de calificar sus breverías de aforismos, y lo cierto es que en sus libros no incluye únicamente este tipo, digamos, eminente de enunciados, sino que los combina y alterna, de un modo en apariencia aleatorio, componiendo un abanico heterogéneo y estimulante de viñetas de todo tipo: reflexivas, analíticas, jocosas, líricas... siempre con una perspectiva muy inglesa, de distanciamiento y aparente frialdad. En cualquier caso, se diría que para el autor la virtud principal de la distancia corta es su infinita plasticidad: dado que la realidad de la que puede dar cuenta la razón argumentativa precisa de un recorrido temporal más o menos dilatado, y mientras lo consigue, el escrito debe permanecer atento a consignar las numerosas contradicciones,

paradojas e ironías que parecen salirle al encuentro, prácticamente sin descanso; hasta que no logre encontrarle –si es que lo tiene– un sentido a todo ello, debe contentarse con ir anotando, casi al paso, las sucesivas insinuaciones que cree estar recibiendo, al modo de quien construye una imponente catedral en miniatura pegando, pacientemente, miles de palillos de madera, de distintos tamaños y texturas, que le van lloviendo sobre la cabeza.

Entre los temas predilectos del pensamiento breve de Catalán se encuentra la filosofía política, donde pone especial énfasis en las distintas máscaras que ha adoptado la opresión a lo largo de las épocas; así, encabeza uno de los fragmentos de *Así es imposible* con la afirmación: “La libertad política siempre estuvo basada en la esclavitud y la servidumbre” (*Suma breve*, op. cit., pág. 167). Muchas son las anotaciones que tratan de desenmascarar el cinismo y el ventajismo en el ámbito de lo público, *lato sensu*: “Aquel progresista empezó a sentirse conservador nada más obtener la mayoría” (ibíd., pág. 158). Sea como fuere, el autor siempre aborda los temas recelando de las apariencias y buscando los ángulos inesperados, pues “siendo la doxa la opinión común, todo pensamiento original tiende a ser paradójico” (en *La ventana invertida*, ibíd., pág. 116), incluso alcanzado el umbral del humor negro: “Con la llegada de la primavera, los cipreses vuelven a oler a cementerio” (en *La nada griega*, ibíd., pág. 68). En cualquier caso, nunca abandona esa actitud de vigilia permanente, incluso ante sus propias conclusiones: “No es lo mismo hablar solo que hablar consigo mismo. Pero tampoco conviene confiarse” (en *El sol de medianoche*, ibíd., pág. 42). Esa duda perpetua de quien no sabe si sabe lo que sabe, o lo que le gustaría creer que sabe, porque al final y al cabo en todo conocimiento subyace un interés latente –no en vano Catalán se doctoró con una tesis sobre el pragmatismo filosófico americano– lleva al autor a practicar una modalidad de escepticismo preventivo que, a fuerza de usarlo, corre el riesgo de convertirse en crónico: “Para el ojo suspicaz, todo es sospechoso” (en *Paréntesis vacío*, ibíd., pág. 236). Por suerte, como humanista que fue, no olvidaba el inmenso peso de los afectos, que acaban imponiéndose a cualquier pretensión de despojar a la vida de su valor esencial, pues, frente a la evidencia de que es posible “Destruir la belleza con el filo de la verdad” (pág. 247), no hay que olvidar que “el amor engendra belleza” (pág. 224) ... y, redimido de este modo, todo vuelve, quizás fatalmente, a revivir.